

Te levantas más temprano que otras veces. Hoy es el día de la gran entrevista. Sientes que llevas preparándote para esto toda tu vida, has estudiado muchísimo y trabajado muy duro para llegar donde estás. Noches en vela, ansiedad por los exámenes, todo habrá merecido la pena porque por fin vas a encontrar el trabajo de tus sueños.

Te has puesto tu ropa más formal, junto con tu hijab más elegante, cualquier cosa que indique que eres una profesional hecha y derecha y que harían bien en contratarte. Vas a darlo todo en esa entrevista y les vas a dejar impresionados.

Es un edificio muy alto y moderno, te hace sentir algo insegura, pero intentas que no te desanime porque sabes que puedes conseguirlo. Al entrar notas que todas las miradas se posan en ti, a algunos se les cambia la expresión, aunque tratan de disimularlo lo mejor que pueden. Ves que el de seguridad no te quita el ojo de encima, su mano está cerca del comunicador, por si acaso.

No entiendes por qué te miran con esa cara. Bueno, sí. En el fondo, sabes por qué es.

Al acercarte a la mujer de la recepción ésta te recibe con una sonrisa falsa y tensa. Te sientes muy incómoda y parece que cualquier valor que habías reunido esta mañana se va desvaneciendo lentamente.

“Buenos días, tenía una entrevista de trabajo con el encargado de personal ¿me puede decir que planta es, por favor?” Le muestras tu sonrisa más amigable, con la esperanza de que eso calme la inquietud de la mujer. No surte ningún efecto. De hecho, la situación se vuelve más tensa e incómoda si cabe.

“Planta séptima.” No te dice nada más y trata de parecer muy ocupada revisando sus papeles. Aun sientes la mirada del guarda perforándote la nuca, sin llamar más la atención te diriges hacia el ascensor, incomodando a los que iban a entrar para variar.

La sala de espera de la planta séptima es una pequeña salita blanca con unas pocas sillas grises de plástico y dos plantas que parecen ser la única fuente de color de todo el edificio. Además de ti, hay otras seis personas esperando ser entrevistadas para conseguir el puesto. Alguna de ellas te ignora, demasiado ocupada con sus propios asuntos. Otros te miran de reojo. Algunos directamente te ponen mala cara.

“No entiendo cómo esta gente tiene que venir a este país a quitarnos el trabajo a los que somos de aquí.” Oyes a otro de los candidatos comentar por lo bajo a un compañero, el hijab te tapa las orejas, pero no te hace sorda. Te muerdes la lengua porque ya has tenido esta discusión más de una vez. Naciste en Huelva. Tienes un DNI que lo prueba. No tienes otro país más que este.

Has sido una estudiante modelo toda tu vida, has sacado matrículas y te has graduado con los más altos honores; pero parece que toda tu documentación tanto legal como académica palidece en cuanto se fijan en tu aspecto.

La espera se hace interminable. Uno tras otro, todos los candidatos pasan delante de ti. Al fin ha llegado tu turno, pero ya no te queda nada de la confianza con la que saliste de casa.

---

La persona que te entrevista parece ligeramente sorprendida, pero no dice nada. Ahora mismo tienes miedo, estás nerviosa. Te han mirado mal, te han hecho sentir como que éste no es tu sitio. Respondes a las preguntas de forma automática, pensando qué comentario te va a soltar, qué aspecto de tu cultura y costumbres va a suponer un problema para desempeñar tu trabajo.

Tragas saliva cuando te pregunta qué podrías aportar tú a la empresa, qué te podría hacer destacar entre un mar de personas. Sin pensártelo dos veces comienzas a hablar. Hablas de tus cualidades, de tu capacidad de dirección y organización, de tus logros académicos, de los cursos extracurriculares que has hecho. Hablas de cómo desempeñarías tus funciones en ese puesto, de tu flexibilidad horaria, de tu capacidad para trabajar en equipo.

Cuando terminas, el entrevistador permanece en silencio y examina tu currículum una vez más. Te agradece tu tiempo y os dais la mano. Crees que será la última vez que oigas de ese trabajo.

Una semana después, el sonido del teléfono te despierta. Es un número desconocido. Cuando lo coges y escuchas la voz de la persona al otro lado sientes que te va a estallar el pecho de alegría. Tu esfuerzo, tu trabajo duro y tu empeño han sido recompensados.

Tienes el trabajo.